

---

# Buñuel y Alcoriza: Documentos inéditos de una entrañable amistad

Javier Herrera  
Filmoteca Española, Madrid

Gracias a una política inteligente y eficaz en la utilización de los recursos públicos, la Filmoteca Española es hoy día punto de referencia ineludible en la investigación y el conocimiento de la historia del cine español. Incardinadas sus colecciones documentales en torno a la figura incuestionable de Luis Buñuel –cuyo archivo y biblioteca personales custodia desde 1999–, las sucesivas adquisiciones (el legado de Ricardo Urgoiti, el archivo del crítico y principal exégeta José Francisco Aranda y ahora el del director y guionista pacense Luis Alcoriza) han ido encaminadas a reforzar y comprender mejor su alcance histórico, su difusión y su contexto. Los documentos relacionados con Buñuel en el archivo de este último son cuatro cartas de diferentes épocas amén de tres escritos testimoniales de Alcoriza referidos a los últimos días de vida de Buñuel y un buen número de fotografías.

La primera de las cartas, dirigida a sus “discípulos” Luis y Janet (se trata de Janet o Jeannette Reisenfeld, mujer de Alcoriza), está fechada en París el 9 de mayo de 1954. Es de su etapa más prolífica y de asentamiento en la industria mexicana (rodaje de *El río y la muerte* y los estrenos de *Abismos de pasión* y *La ilusión viaja en tranvía*), así como de confirmación de su reconocimiento europeo gracias a la famosa entrevista concedida a André Bazin y Jacques Doniol-Valcroze y publicada en *Cahiers du Cinéma* (1954). Había asistido unos días antes como jurado (presidido por Cocteau) del festival de Cannes, al que se refiere como algo ya pasado pero que sirvió para ver a sus viejos amigos y conocer a mucha gente, una experiencia positiva, en suma, “hasta última hora en que ocurrió una de las maniobras más sucias que puedan registrarse en los anales de cuantos jurados hubo en el mundo”. Escrita con su proverbial humor y socarronería (“Os supongo enterados por mi esposa favorita”) se trasluce ya una relación ambivalente “con este París de [sus] entrañas” pues aunque sigue siendo una “admirable” y “alegre ciudad” es sin embargo el lugar del trabajo y del compromiso –firma el contrato para hacer *Cela s'appelle l'aurore*– donde “seguir[á] arrastrando [...] grilletes” hasta el retorno

a México. Estancia en París no exenta de un cierto reencuentro —“a la vejez, viruelas”, dice— con la soltería y con la vida bohemia, pero de una bohemia muy especial (ha visto a Breton, Max Ernst en *Les Deux Magots* y a Kyrrou) pues hasta que empezó a trabajar no hizo “más que ver gentes, comer opíparamente y beber como un fascista”. Y a continuación les previene para que se esmeren en la “manducatería y bebeduría” cuando le inviten a comer pues su “acerada crítica hará saltar vuestras salsas hasta el techo”<sup>1</sup>.

Pero, además de esa faceta típicamente doméstica, entrañable y amistosa, esta carta es particularmente interesante por los detalles que aporta en relación con algunas de sus películas. Así, respecto a *Cela s'appelle l'aurore* —que significaría su reencuentro con Europa y con la producción francesa— sabemos que, en un principio, Buñuel quiso contar con Alcoriza para el guión pero el contrato “leonino y tan voluminoso como los de Hollywood” y ser una coproducción franco-italiana, le imponía un escritor francés y otro italiano, que finalmente quedó reducido a Jean Ferry, con los modestos resultados de todos conocidos; igualmente se compromete, bajo indemnización de 4.000.000 de francos, a volver a París a prepararlo y rodarlo antes del 2 de mayo de 1955 y se congratula de que tenía resueltas todas las trabas sindicales al ser aceptado por el Sindicato de Técnicos Cinematográficos por unanimidad al estar considerado “indisolublemente unido al cine francés”.

Sin embargo, son las revelaciones relacionadas con *El* las más jugosas aunque el grueso de la información —el interés suscitado en Jacques Lacan— era conocido, si bien no con esos mismos detalles:

El fenómeno ocurrido con “EL” [*sic*] es sorprendente. Hay verdaderos y exaltados entusiastas por el film. La cinemateca, el grupo “Journées du Cinema”, “Cahiers du Cinema”, revista “Positif”, Jacques Prevert, Bazin, Simone Dubreuilh, Kyrrou, e incluso Sadoul, etc. Son ellos los que han levantado la maldición cocteauniana sobre el film. Hace tres días, la Unesco organizó una sesión con “EL” para los psiquiatras de París. Había una cincuentena de estos seres en la sala de Proyección: Dr. Jacques Lacan, el más famoso del mundo en estudios sobre Paranoia, director del Hospital St. Anne de Paris, el Dr. Ey, director del Hospital de Chartres, etc., etc., etc. Sería largo contarte al detalle lo que dijeron y me preguntaron al terminar la proyección. Total: les pareció perfecta la descripción del tipo. Se extrañaron de que hubiéramos podido profundizar tanto en el personaje. El Dr. Lacan es la segunda vez que veía el film. Por todo, esa reunión me produjo una gran alegría. Siento que no la compartieras conmigo, joh, discípulo predilecto!

Por lo demás, también nos enteramos de que presentó *Tierra sin pan* y *Los olvidados* en el cine-club de los obreros de las fábricas Renault, resultando “emocionante” el contacto con ellos tras la proyección, así como que ya tenía en ciernes el proyecto de *Nazarín*, pues antes de viajar a París dejó un ejemplar a Orive Alba, uno de los productores de Clasa Films Mundiales, con quienes trabajaba entonces, y pide a Alcoriza que piense en algún otro libro más para proponerle una adaptación. Lo que está claro en esta época, además de su continua inquietud adaptadora, es su ansia de trabajo para paliar su aún modesta situación económica:

Yo quisiera” –le dice al amigo– “empezar a trabajar nada más llegar ahí pues sólo me han avanzado millón y medio por mi contrato y eso es todo lo que cobro hasta Mayo del año que viene. Le envío una gran parte a Jeanne para que pagué [*sic*] al arquitecto, y alguna deuda y para que siga viviendo.

La segunda carta está fechada en Madrid el 26 de noviembre de 1962. Realizadas ya *Viridiana* y *El ángel exterminador*, que supone la última colaboración entre ambos, y regularizada su situación en España (escribe ya desde su apartamento de la Torre de Madrid), Buñuel ve posibilidades de trabajar con cierta seguridad –dice que tiene la “oportunidad de hacer el film que me de la gana aquí con productores muy ‘ad hoc’”– y ofrece a su amigo, que ya había iniciado su carrera como realizador (hasta ese momento, *Los jóvenes*, *Tlayucan* y *Tiburoneros*), trabajar con él sufragándole todos los gastos de viaje y dietas más 30.000 pesos durante dos meses “pues los productores ni hablar” para adaptar “algo muy interesante”; el optimismo de Buñuel es tal que, al margen, escribe: “Seguro que aquí te saldría un contrato para *un buen film*” (énfasis original). Lo cierto es que el proyecto, fuera el que fuera, no salió.

Tres años después, de nuevo en Madrid, un 8 de septiembre, recién presentada *Simón del desierto* en Venecia, se queja de que “velada o descaradamente me han insultado por el bendito Simon” y de que consideren que “nada tengo que ver con España”. En efecto, se refiere a una crónica de *Informaciones* sobre el festival veneciano, una vez la película premiada, en la que se la calificaba de “auténtica blasfemia” y se negaba a su director “tan cantado y alabado por unos cuantos” la consideración de español (“Con lo que la quiero [a España]”, dice) por tener pasaporte mexicano “que exhibe con orgullo a su paso por las fronteras”, orgullo que confirma en esta carta. Igualmente alude a su estancia en El Escorial “que apenas conocía y que adoro hoy” donde trabaja junto a Jean-Claude Carrière “adaptando con lánguido esfuerzo” dos obras cumbres del decadentismo como *El monje* de Mathew G. Lewis y *Là-bas* de Joris-Karl Huysmans, que desgraciadamente no llegaron a

prosperar. Y finalmente, gracias a un comentario sobre Alatríste, constatamos que su distanciamiento fue causado “por el total y absoluto abandono en que dejó su Simón para el festival sabiendo de antemano que yo no iba a ir”.

De la época de *El fantasma de la libertad* y de *Presagio*, por parte de Alcoriza, es la cuarta y última carta, escrita en París. En ella le confiesa que, tras ocho semanas de rodaje y a falta de dos:

[N]o he tenido ni un catarro aunque este harto de la puñetera cámara. Estoy contento de algunos momentos del film y de la mayor parte descontento o hastiado. Voy de capa caída pues me falta entusiasmo lo que es esencial para vitalizar el trabajo. Nuestro “amado” público dirá la “última palabra” [sic].

A continuación se refiere a *Presagio*, de la que tiene noticias gracias a su mujer Jeanne y que desea ver en cuanto llegue a México. Después pasa a hablarle de Jodorowski y su film *La montaña sagrada* al que ponen en su órbita de influencia “aunque se que no le llego ni a la sombra del zapato” y del que dice que Fellini a su lado “parece un director modesto y sin medios técnicos”. Acto seguido le describe su película: “Sabes que mi film se compone de unos doce, que podríamos llamar, episodios ligados entre sí por un personaje anecdótico que une el final de cada uno con el siguiente componiendo así la continuidad del conjunto” para contarle que uno de esos episodios, el de la desaparición de la niña, ideado por los dos hacía tiempo, lo ha utilizado pero no de la forma original pensada por los dos, por lo que está dispuesto a indemnizarle a título “personal” con 50.000 pesos. Finalmente le dice que tiene el proyecto de producir un film con él pero sólo como productor, indicio de que entonces tiene una situación económica más que holgada, y que acaba de saber, a través del productor español Marciano de la Fuente, que va a ir a España a realizar una adaptación de *Misericordia* de Galdós, obra que, confiesa, “en tiempos fue uno de mis proyectos favoritos”.

Junto a las cartas, podemos encontrar tres testimonios del mayor interés sobre los últimos contactos entre Buñuel y Alcoriza, escritos por éste, de forma emocionada y extraordinariamente admirativa. En ellos se dedica a recordar, entre finales de 1982 y 1983, una serie de episodios y anécdotas relacionadas con el amigo a fin de que pueda quedar constancia para el futuro de lo que sentía viendo que, quien fuera su colaborador íntimo, guía y maestro, inevitablemente, por la fuerza del tiempo, estaba dejando esta vida, plena de increíbles e inmejorables momentos.

En uno de esos escritos de Alcoriza, titulado “Los viajes de Buñuel sin Buñuel” puede leerse lo siguiente:

A lo largo de nuestra larga amistad, una de las cosas que más nos

unía [era] el sentido del humor negro y corrosivo que ambos poseíamos. Y también la mutua tendencia a la broma española, burda y agresiva.

Año tras año, con el mucho vino compartido, nos burlábamos de todo, de lo más sagrado y respetable, de nuestras familias, y, por supuesto, de nosotros.

Dentro del afecto entrañable que nos teníamos, ninguno podía evitar el herir al otro en lo que más le dolía pero, claro, de un modo tan torpe y directo y exagerado que no pudiera dejar duda de que solo se trataba de un juego.

El era un experto en soltarme lancetazos. Me conocía bien las pequeñas superficies de mi epidermis síquica donde algunas hojas no habían dejado que llegara la protectora sangre del dragón, y a ellas llegaba con facilidad caricaturizando mis fallas y miserias humanas. Y yo le devolvía golpe por golpe porque también sabía cuáles eran sus zonas débiles.

Su humor, en relación con el peligro y la muerte, era el que a veces nos dejaba a los amigos más íntimos casi sin respiración.

Por ejemplo, en una ocasión regresábamos juntos de Nueva York y el avión había salido con retraso por problemas mecánicos. Cuando ya íbamos en el aire se incendió uno de los motores. Estaba de nuestro lado y veíamos perfectamente las llamas desde la ventanilla. Buñuel le tenía tanto pánico a los aviones que sólo lograba abordarlos a fuerza de martinis. Una vez dentro se inhibía y enconchaba hasta que nuevas cargas de alcohol le iban volviendo el ánimo. A mí también me daba mucho miedo volar. Enemigos de la tecnología, ya habíamos acordado que el hombre no era aéreo sino terrestre. Era natural verle desplazarse por la tierra e incluso sobre la apariencia de solidez que le da el mar al que navega. El mar era parte de la tierra, pero en cambio el aire era para los pájaros. De haber querido la naturaleza que el hombre volara le hubiera provisto de ala. No, el hombre no tenía nada que hacer en el aire.

Cuando lo del motor, Buñuel, demudado o con las manos engarfiadas sobre los brazos de su asiento, maldecía la hora en que nos habíamos subido a aquel nefasto aparato, que sin duda iba a desplomarse de un momento a otro y a hacernos papilla. De nada sirvió la voz tranquilizante de la azafata que nos aseguraba un rápido y seguro aterrizaje en Boston. La verdad es que el motor seguía ardiendo, aunque con llamas decrecientes.

Y en aquel momento de terror irracional de los dos, me apretó un brazo con fuerza y me dijo:

–Vamos a matarnos, Luis. Ese motor va a explotar de un momento a otro y vamos a caer como un gorrión que ha recibido un escopetazo. Y ahora quiero saber algo de ti. Díme, así, frente a la muerte... ¿De verdad no crees en Dios?<sup>2</sup>

Y, en efecto, no cabe mejor retrato del humor negro de Buñuel que ese episodio, evidentemente ficticio, donde los dos amigos juegan con dos de los elementos que definen sus respectivas poéticas: la relación entre la muerte, la creencia en Dios y el ateísmo racional, frío y objetivo del que, supuestamente, estaban convencidos.

Aún hay otro documento que testimonia el grado de amistad que Alcoriza y Buñuel se profesaban. Se titula “Hoy fui a ver a Buñuel” y lo transcribo completo en las mismas condiciones que el anterior por la cantidad de datos entrañables y cercanos que nos proporciona acerca de su humanidad:

Como el título indica, hoy fui a ver a Buñuel. Le vi hace tres días, pero andaba malucho y yo sabía que estaba un poco triste y que a él sólo le alegran los amigos.

¿Por qué escribo esto? Creo que es necesario. Al menos para mí. Es un hombre famoso, un genio del cine. No hay día en que no se escriba algo sobre él o se le tribute un homenaje. El mundo le admira, se habla de ponerle su nombre a calles, a plazas, de levantarle monumentos.

Cuánto nos hemos reído de esto. Varias veces, copa en mano, como de costumbre, nos lanzábamos a disparatar, cosa que a él le encanta, sobre estos honores.

Luis no es modesto como dicen, pero paga cualquier precio por defender el castillo de su vida íntima, de su soledad voluntaria. No puede ser modesto, porque su obra siempre ha correspondido a sus ideas y a sus impulsos y sabe el valor que tienen. Lo que no quiere es que le molesten, que alguien pueda romper sus rutinas, pero no rutinas inertes, de costumbre, de entrega, sino rutinas planeadas, aceptadas, previstas, defendidas y hasta mimadas. Algunas de ellas creadas, aparte de que le gusten, para desconectar o joder a los demás, para agredir a la opinión de los amigos, los demás no le importan, pero incluso en esas agresiones, puesto que piensa en nosotros, siempre están presentes el humor y la broma fraternal.

Y en ese disparatar que mencionaba, proponíamos los lugares más adecuados para perpetuar con su nombre su grandeza: Paseo de Luis Buñuel, antes de la Castellana; Puerta de Buñuel, antes de Alcalá; Jardines del Buen Buñuel, antes del Retiro; Avenida de Buñuel, antes

Gran Vía; Plaza de Buñuel, antes de España y Puerta de Buñuel, antes del Sol.

Y así pasaban las horas por nuestro tiempo y las copas por la garganta. Y de no ser por sus rutinas o costumbres de comer a la una en punto y de cenar a las siete, para estar a las ocho en la cama (por cierto que entra en su cuarto en la oscuridad y a oscuras se desnuda y se acuesta) hubiéramos seguido *ab delirium* hasta llegar al puente de Buñuel antes de Brookling [*sic*], a plaza de Buñuel antes de la Concorde.

Empecé diciendo que fui a ver a Buñuel, mejor dicho fuímos porque mi mujer me acompañaba. Llegamos a las 12 en punto, esperando oír la frase con que nos recibe desde hace 25 años: ‘¡Hombre, qué cosa tan rara, habéis llegado puntuales! ¡Estáis cambiando mucho!’ Pero esta vez no la dijo, estaba de mal humor, con la ropa descuidada y, sin duda, cosa rarísima en un hombre de una limpieza maniática, no se había bañado.

Sentimos enseguida su inquietud y la nerviosidad de Jeanne, la tierna y abnegada Jeanne, que, según palabras de la madre de Luis, era un ángel que Dios había mandado a la tierra para cuidar de su hijo.

La escena acostumbrada de preparar las copas, que él siempre sirve, de sacar los vasos, preguntarnos qué queremos cuando conocer de sobra nuestros gustos, sacar el hielo que ha puesto previamente en una cajita de plástico dentro de la nevera, y hacer de una cosa tan natural algo complejísimo, esta vez adquiría mayores tensiones.

Estaba en un día negro, pero no por manías u obsesiones banales, no, todo en él tiene siempre una razón de ser. Luis fue siempre un atleta. Todavía a sus ochenta y dos años, tiene un vientre duro y liso como una tabla, sin las flacideces que traen los años muchos, sin un adarme de grasa. Hasta hace poco raros eran los que podían vencerle el brazo en una jugada de pulso. Ahora bien, aunque como hombre inteligente, con una gran conciencia de la realidad, acepta el desgaste de los años y sobrelleva dignamente la vejez, le pesa por encima de todo, la diabetes que tan mal se lleva con un gastrónomo y un bebedor de su altura. Los martinis, que tanto ama, bestias agazapadas, que él mantiene a raya con pruebas caseras del nivel de la glucosa, y algunas pastillitas. Y como entre sus virtudes no entra la de la resignación, se cabrea y se reconcome y se rebela contra su viejo cuerpo que ya difícilmente sigue la juventud del pensamiento.

Y hay otras cosas. Los días enteros para pensar, ver cómo sus amigos de juventud van desapareciendo. Hace poco enterramos a uno de ellos, que estuvo con él en los jesuitas. José Ignacio Mantecón,

hombre brillante y cultísimo, tierno, sencillo, noble, dado también a la broma y al disparate. Le afectó muchísimo, y con razón.

Hoy hablamos del estado crítico en que se encuentra Luis Aragón, el más cercano a él y el más amigo de todos los surrealistas, uno de los pocos que todavía vive.

Luego, inevitablemente, surgió el nombre de García Márquez y de su premio Nobel. (Algo tiene de mágico ese apellido, que también es el segundo del triunfador socialista de España, Felipe González).

Y sobre Gabo vino la primera broma: ‘Me alegro que se lo dieran, lo merece, pero me estoy muriendo de envidia, como todos, aunque no lo digan’. Pasada la risa, se le emocionaron los ojos y repitió, ahora con sinceridad y ternura: ‘No, ahora en serio... Me alegro, me alegro mucho’.

Estaba parco en el beber, y reprendió a mi mujer porque se servía mucho whisky. ‘Tú crees que me lo regalan? Cuesta mucho dinero’.

Después renegó contra el perro, un ratonero cachorro demasiado vital y activo para Luis, acostumbrado a la mansa placidez de *Tristana*, que además de acompañarle le servía de timbre con sus agudos ladridos:

—Saca ese perro de aquí, coño, no nos deja hablar ni se está quieto. Y al gato también.

Mientras tomábamos el aperitivo, le conté que acababa de leer en el periódico acerca del homenaje que le están haciendo en Francia, y que resultó una de las causas de su mal humor.

—Me revienta como lo están haciendo. Si fuera en un día o dos, pase, pero no, es una semana entera. ¡A quién le importa!

Le hicimos ver que le interesa a mucha gente. Aparte de ser una de las figuras más grandes que ha dado el cine, con millones de admiradores en el mundo entero, contaba con muchísimos amigos que le querían bien. Precisamente los que deben asistir a la mesa redonda para hablar sobre él, son personas estupendas que le aprecian de corazón: Saura, Carrière, Fernando Rey, Rabal...

—No, si eso está bien, y la intención la agradezco, es la forma. El primer día es una exposición de los libros que hablan sobre mí y de mis poemas. ¿Quién va a ir? ¿A qué? ¿A ver unos poemitas allí pegados en la pared... que ni se podrán leer?

—Eso, no. Yo creo que los copiarán en grande —aventuró mi mujer.

—Pero, para qué. Son unos cuantos poemas de juventud. Si fueran poemas inéditos de Rimbaud lo comprendería, pero míos...

—Bueno, yo tengo entendido —empieza la broma— que en la sala va a haber unos hombres-sandwich emparedados entre dos cartelones en



los cuales van escritos tus poemas en grandes letras. Darán vueltas sin detenerse y la gente podrá seguirlos en círculo mientras leen.

Se ríe. Eso no está mal.

—Además, vas a estar en efigie. Mal informado, como siempre, le explico que van a llevar del Museo Grevin una figura suya de cera.

—No, la traen de Barcelona —me informa Jeanne.

—¡Ah!, ¿no estaba en el Grevin? Yo creí que dada tu categoría...

—No, —insiste ella— es de Barcelona, o de Zaragoza, no sé bien. La traen Margarita y Conchita (sus hermanas, de Luis).

—Esta mañana iba a ponerles un telegrama prohibiéndoles que fueran, pero me salía muy caro. Me he vuelto avaro con las palabras telegráficas, cada una cuesta un huevo.

—Pero, cómo es esa escultura —pregunto. Me imagino que de cuerpo entero.

El se encoge de hombros. Jeanne es la que sabe y no mucho. “No, es de así... media”.

—¿Cómo media! ¡Un busto, quieres decir?

—No, así... hasta aquí —con la mano se marca un corte en la cadera.

—No puede ser. ¿Así... como un hombre tronco, como el de *Los olvidados*?

—Creo, no sé. La traen Conchita y Margarita.

Luis refunfuña. ‘Un disparate. Debí poner el telegrama’. Figúrate, en el tren con eso...

—¿Cómo en el tren?

—Sí, van en tren. Son trenes muy rápidos. De Barcelona a París no tarda nada. No van a tomar el avión para...

Le observo. Está tan fuera de la realidad como para aceptar como natural aquel absurdo, o nos está tomando el pelo. Por si acaso me adelanto a la burla.

—Qué locura, ¿cómo puede ser? Te imaginas a Conchita y Margarita en un asiento de esos largos, con tu estatua de cera en medio, muy seria y...

Le gusta la idea, se ríe. Yo insisto:

—Figúrate... con el calor empezaría a derretirse, te chorrearían los carrillos, y se te empezaría a caer la nariz y las orejas.

—Puede ser, puede ser.

—No, hombre, de llevarte en tren te pondrían en el vagón refrigerador... sentado entre medias reses, cajones con pescados, pulpos y esas cosas y montones de latas de sardinas.

—Pues derretido o congelado, no sé para qué llevan eso.

Yo había sabido que una de sus efigies de cera —al parecer son dos—,

una en Madrid y otra en Barcelona, está con otras similares de los cerebros más gloriosos de España: Ortega y Gasset, Unamuno, Valle Inclán, Galdós....

—Y tú estás en el grupo —le pregunto.

—No, hay... hay como unas mesas y ellos están allí. Yo estoy aparte, en un palco.

—¿Palco?

—Sí, es... como una barandilla así... y yo estoy detrás.

—¿Mirándolos?

—No sé... probablemente. (Suspira) ¡Le hacen a uno cada cosa...!

A Luis le debo gran parte de mi formación como hombre, de mi posición ante la vida, y también a las letras de esas figuras de cera que le acompañan. Me hubiera gustado verlos juntos pero detesto los museos de cera, me dan un poco de horror y asco. Los imagino —sólo conozco el Grevin—, como lugares siniestros, reproductores permanentes de crímenes y asesinatos, verdaderas fábricas de polvo donde unas figuras, en las que anidan y se alimentan colonias de ratas, larvas y polilla, vestidas con ropas de muertos, nos miran fijamente con ojos malignos que nos traen desgracia y mala suerte.

Prefiero quedarme con la última imagen creada por la broma y el humor, siempre mejores que la cera vieja y el sentimentalismo, y verle sentado en el vagón refrigerador, entre carne fresca, vital y alimenticia, y plateadas latas de conserva con etiquetas multicolores.

## NOTAS

1. Reproduzco en todos los casos la puntuación muchas veces errónea del original.

2. Transcribo en su totalidad por su interés corrigiendo las abundantes erratas mecanográficas y ortográficas de Alcoriza así como pongo los acentos y comas en su lugar correspondiente porque todo el original está escrito en mayúsculas y sin repasar por su autor.